

jiendo, tiene el valor de intentar poner al descubierto, desde el particular punto de vista de Sanderson, el intrincado desarrollo interno de la trama existente, hasta el momento que estudia, entre la legitimidad y ámbito de influencia del estado frente al campo de acción de la sociedad civil.

Jesús MONJARÁS-RUIZ

*Instituto Nacional de Antropología e Historia*

Paul VANDERWOOD: *Disorder and progress: bandits, police and Mexican development*. Lincoln, University of Nebraska Press, 1981, 264 pp.

El libro de Vanderwood constituye una contribución importante para nuestro conocimiento de un tema a menudo debatido o satanizado, y en el cual, sin embargo, quedan aún muchas interrogantes por despejar: el funcionamiento del control social, la estabilidad, la oposición y el desorden en el México del siglo XIX mexicano, en especial el período porfiriano.

Las políticas sobre el orden público en el gobierno de Díaz, aparecen a través del trabajo de Vanderwood, de una manera más detallada y compleja que la que nos proporciona la trillada explicación según la cual la política represiva del régimen, obedece tan sólo al carácter autoritario del propio Díaz.

Para enfocar el problema, Vanderwood tomó como punto de partida la idea básica de que tanto el orden como el desorden son parte integral de un proceso histórico complejo y que tanto bandidos como rurales se ven frecuentemente envueltos en él (p. xiv); y se impuso la tarea de desenredar los hilos y las complejas relaciones mutuas entre estas dos fuerzas opuestas y los individuos que tratan de dirigir las.

Con base en una perspectiva general de las características y del desarrollo del bandidaje, nuestro autor declara que los bandidos asumen nuevas formas y toman roles diferentes en la sociedad bajo el impacto del desarrollo histórico. Al trazar la historia de los bandidos y su dinámica, así como su siempre cambiante relación con las fuerzas del orden, este libro puede arrojar cierta luz sobre un problema aún más fundamental: el del funciona-

miento del aparato estatal y la naturaleza y condiciones necesarias para el surgimiento de un orden político estable.

Aunque Vanderwood no enfatiza las implicaciones teóricas del problema de que se ocupa, sin embargo, nos proporciona una descripción de las características del orden social en el "siglo del desorden". Una de las principales aportaciones del libro es el hecho de que destaca las características de la relación entre el bandidaje —como forma de desorden social— y la aplicación de la ley. De hecho, nos dice Vanderwood, la línea divisoria entre bandidos y policía (Rurales) es sumamente tenue y a menudo se cruza en ambas direcciones, si bien es más frecuente que un ex bandido se convierta en representante de la ley; la mayor parte de las veces, como una forma de mejoramiento de su situación personal, y no necesariamente a partir de convicciones políticas profundas.

Vanderwood lleva a sus lectores mas allá de la idea —tan ampliamente difundida— de que el bandidaje emerge tan sólo como una forma de protesta social enfocada en contra de las condiciones económicas cada vez más adversas a las que estaban sometidos los campesinos. En el caso mexicano, el análisis de la relación entre los bandidos y el poder político establecido, especialmente al nivel local, es más sutil y a la vez más complejo: frecuentemente los jefes locales tenían que negociar la protección de los bandidos, quienes no siempre aceptaban las condiciones del poder político establecido. De esta perspectiva se desprende que la llamada "Pax Porfiriana" resultase más imaginada que real. Porfirio Díaz, como la mayoría de los dictadores, sabía bien que la dictadura personal era más bien inestable, y para mantener el orden social que tan cuidadosamente había construido, tenía que contar con fuerzas represivas, la más visible de las cuales eran los rurales, que con el tiempo se convirtieron en una verdadera policía política, dedicada, sobre todo a defender los intereses e imponer la voluntad particular del presidente.

Por otra parte, gracias al material del Archivo General de la Nación trabajado, la imagen que este trabajo nos entrega de los rurales es sorprendentemente diversa de la habitual: en contra de lo que se cree comunmente, los rurales constituían un cuerpo que estaba muy lejos de ser ejemplar en términos de disciplina militar: el alcoholismo, la insubordinación y las deserciones eran frecuentes, así como el conflicto de intereses entre las autoridades locales y las elites regionales. También en contra de la imagen popular que presentaba a los rurales como sumamente capaces,

Vanderwood nos informa, en cambio, que los cuerpos de rurales estaban sobre todo formados por artesanos y campesinos del México central, sin ningún entrenamiento profesional en lo absoluto. El mito de su eficiencia y capacidad fue voluntariamente orquestado por el régimen con un propósito político específico: el aumentar la confianza pública en la capacidad gubernamental de control social y de protección de la propiedad privada.

La imagen que Vanderwood nos ofrece del otro elemento de la ecuación rurales-bandidos, no es tan feliz. Respecto al bandidaje el libro se apoya en una interpretación más tradicional: los bandidos como héroes locales, a quienes se enfatiza su significado simbólico, subrayando cómo capturan la imaginación tanto de los campesinos como de las clases medias.

Poniendo en duda las posibles intenciones revolucionarias de los bandidos, el autor prefirió, en cambio, enfatizar el rol del bandidaje como catalizador y absorbente de energías que podían haber sido orientadas hacia el cambio social efectivo. Según Vanderwood, es el mito lo que cuenta como fuerza política de movilización o desmovilización; y particularmente en el caso porfiriano, el bandidaje fue usado profusamente en este sentido. *Disorder and Progress* contribuye pues, a ampliar nuestro conocimiento de las complejidades en el mantenimiento de un orden social en el período porfiriano, que se nos rebela así mucho más desordenado y por cierto mucho menos progresista.

Carmen RAMOS ESCANDÓN  
*Fondazione Einaudi, Torino, Italia*